

# MUERTE DE UN ARTISTA

La muerte de Teodorico Quirós —arquitecto, pintor, impulsador del arte y resumen del espíritu costarricense— implica una pérdida irreparable para la cultura y para el país.

No se puede hacer la historia del arte costarricense sin encontrarle. No sólo como un pintor de grandes méritos, sino también como el hombre que movió y promovió importantes movimientos artísticos.

Fue a él a quien se debió la organización y feliz remate de la histórica Exposición de Artes Plásticas de 1928, que congregó por primera vez a los artistas costarricenses, hasta entonces aislados y desconocidos. A partir de 1928 y de esa exposición, puede hablarse de arte entre nosotros. Allí surgieron individuos como Francisco Amighetti, Max Jiménez, Manuel de la Cruz González, Francisco Zúñiga, y el propio Quirós, que todavía llenan las páginas del arte de que nuestro país se enorgullece.

Fue un arquitecto eminente y soñador. Y allí, está, auténtico monumento a su sabiduría, a su arte y a sus sueños, la iglesia de San Isidro de Coronado, para testimoniarlo.

Se ha dicho de Quico Quirós, el pintor, que fue el descubridor del paisaje costarricense. Se lanzó de primero por nuestros caminos y veredas, a interpretar, con sus pinceles y su vivaz color, el sentido de nuestros árboles y de nuestros potreros; de nuestras playas y de nuestras montañas; de nuestras tapias y de nuestras casas de adobe. Sacó la pintura de los talleres y las academias, para proyectarla sobre nuestra realidad geográfica que es decir sobre nuestra belleza. Y se convirtió en el guía, en el maestro de los que venían detrás.

Por esa razón de descubridor del paisaje, se ha dicho de él —y se ha dicho con justicia— que fue “el Aquileo Echeverría de nuestra pintura”. Porque a él se le debe el que nuestra pintura haya tenido tan profundo acento nacional; la huella de su obra y de su empeño está visible en el nacionalismo que sigue predominando en la pintura costarricense, aún en la obra de artistas de los que superficialmente y juzgando por apariencias, se ha dicho o podido decir que se habían apartado de él.

Hace unos meses, cuando el Ministerio de Cultura filmó una película sobre Quico Quirós y su obra, aparecieron en la banda de sonido unas palabras suyas

que le caracterizan y retratan: “¡Qué condenado país éste, tan lindo!” Empleaba siempre en su conversación un lenguaje auténticamente costarricense, carente de pretensiones y pedanterías, que tenía remembranzas de Costa Rica vieja y sonidos de campesino. Veía todas las cosas con la perspectiva de un criollo viejo, de un Magón, de un campesino de Aquileo, de un tío Conejo, de una tía Panchita. Con la malicia y la sabiduría de esos personajes y de esos costarricenses. Conversar con él era conversar con Costa Rica, con la picardía costarricense, con la prudencia costarricense, incluso con la reticencia costarricense. Y se complacía en confesarse sobreviviente de formas de vivir, de pensar, de sentir y de querer que las nuevas generaciones han desechado, pero que algún día —profetizaba— volverán a encontrar porque son raíz y sementera.

Quando pintaba un paisaje, se apoderaba de él. “La Carpintera es mía”, proclamaba con entusiasmo, con el mismo entusiasmo con que antes había declarado que Escazú era suyo. Y es que abría los brazos, y dentro de ellos le cabía la Patria. Y como era así, y sentía así, y tenía profundas raíces que alimentaban el frondoso árbol de sombra de su personalidad, y era artista además, logró crear un arte en el que todos nos reconocemos.

Lástima grande que no se hayan recogido ni grabado sus ocurrencias, sus agudas observaciones, sus remembranzas, las anécdotas que contaba sobre su vida y sobre la vida ajena, principalmente la de sus antepasados. Ahora, su voz de agudo crítico de la vida ha entrado en el silencio. Pero nos queda el testimonio vivo de sus cuadros y de sus edificios; de sus enseñanzas y de su generosidad; de su amor por Costa Rica y de su amor por el arte; de la manera cómo vislumbró y sacó adelante una pintura auténticamente suya y auténticamente de sus compatriotas.

Tiene en nuestra historia un sitio de fundador y un sitio de creador. Doble importancia que pocos alcanzan.

La cultura costarricense echará de menos su talento y su visión, sus genialidades y sus ocurrencias, su desprendimiento y su amor por el prójimo, su bondad y su broma, su dedicación y su acuciosidad. Era de los grandes de la Patria. Ha fallecido a los 80 años, y debe haber muerto con una sonrisa en los labios. Porque sabía sonreír, y porque podía, desde esa cumbre, contemplar su obra, y encontrarla buena.